

causarles inquietud. Pudieron entonces comprender mejor que se trataba de una guerra civil, de una querrela entre franceses, en la que no debían intervenir los extranjeros sin ciertas precauciones. El viejo coronel suizo Affry se abstuvo positivamente y no quiso pelear. Los otros prometieron hacer únicamente lo que hiciera la guardia nacional, y nada más, ni menos.

Aquella, con mayor razón, se preocupaba con parecidos pensamientos. Aunque hubiesen sido escogidos entre los batallones realistas y minuciosamente escogidos entre estos batallones, aunque todos ellos hubiese respondido al llamamiento supremo de aquella noche por ser partidarios decididos del rey, aquellos defensores burgueses del castillo no podían ver sin envidia á los nobles caballeros, á los que se había llamado para compartir el peligro, y á los que sin duda alguna hubiera atribuído la corte todo el honor de la defensa. Aquellos nobles eran por regla general los mismos *caballeros del puñal* que la guardia nacional, mandada por Lafayette, había arrojado del castillo en Abril del 90. Sin embargo, aceptaron el peligro y fueron á defender al rey el 10 de Agosto del 92. Peligro real en más de un sentido. Para llegar al castillo tenían que atravesar por entre una multitud hostil sin armas ostensibles, con puñales ó pistolas. Y allí se encontraban con la malquerencia y la envidia natural de los guardias nacionales. Había motivos para vacilar, pero les habían enviado tarjetas personales de llamamiento á domicilio. Seiscientos acudieron al llamamiento, á los que hay que añadir la servidumbre de los castillos reales, los antiguos servidores que no hicieron falta en el día del peligro. El todo constituía una corte muy seria, sin orden, ni etiqueta, pero verdaderamente imponente y militar. Aquellas gentes, vestidas de negro, todos oficiales ó caballeros de San Luís, llevaban el traje civil, y por un extraño contraste, los comerciantes, los empleados, los proveedores, eran los que como guardias nacionales vestían de soldados. Al aspecto de aquellas fisonomías burguesas, las gentes de armas creyeron que no estaría de más el animarles algo, y dándoles palmadas en los hombros, les decían: «Vamos, caballeros de la guardia, este es el momento de demostrar valor.»— «¿Valor? estad tranquilo, replicó un capitán de la guardia nacional, ya lo demostraremos, creedlo, pero no á vuestro lado.»

En realidad no se tenía mucha confianza en la guardia nacional. Los nobles ocupaban las habitaciones más inferiores, los puestos de confianza. Los suizos tenían cuarenta cartuchos cada uno, y los guardias nacionales tres. Sobre todo la artillería de la guardia nacional fué objeto de una desconfianza excesiva, lo cual hizo, como sucede siempre, que la mereció de veras. Colocaron detrás de los artilleros de cada pieza, pelotones de suizos ó de granaderos de los Filles-Saint-Tomás, que los vigilaban, con los sables desenvainados, prontos á lanzarse sobre ellos. Aquellos artilleros se hallaban colocados precisamente debajo de los balcones, á tiro de los mismos. Varias veces intentaron cambiar

de sitio la batería; pero otras tantas fueron colocados por el estado mayor en punto donde podían fusilarlos á mansalva.

¿Quién mandaba en el castillo? Los guardias nacionales no reconocían más jefe que Mandat. La Comuna le mandó llamar. Su instinto le aconsejaba el no ir. Al segundo llamamiento vaciló y consultó á los que le rodeaban. Los ministros le incitaban á que no fuera. El constitucional Roederer le dijo que con arreglo á la ley el comandante de la guardia nacional estaba á las órdenes de la municipalidad. Entonces ya no dudó. Le pareció que en efecto había que aclarar lo de los cañones del Puente Nuevo, y sin duda también asegurarse del puesto que había situado en la Greve para atacar y destrozarse al barrio cuando pasase. En su consecuencia trató de convecerse á sí mismo, ahogó sus presentimientos, hizo un esfuerzo y partió.

Su marcha debilitaba la defensa del castillo. Dejó el mando á un oficial muy poco sereno. La reina que también tenía sus presentimientos llamó aparte á Roederer y le preguntó qué creía él que debía hacerse.

Y precisamente en aquel momento habían hecho los consejeros de la reina, sin saberlo los ministros, una verdadera imprudencia. A aquella guardia nacional indecisa y de mal humor, que se preguntaba por qué iba á pelear, y si no cometía una locura tirando con los nobles contra la guardia nacional, idearon mostrarla lo que mejor debía convencerla de que tenía razón para dudar. Para confirmar á todo el mundo en la convicción de que la monarquía era imposible, nada mejor que enseñarles el rey.

Aquel pobre hombre pesado y poltrón, ni aun en aquella noche suprema para la monarquía había podido velar hasta el fin; había dormido una hora y acababa de levantarse. Se adivinaba en su peluca aplastada y desrizada de un lado. Entonces se pudo apreciar lo peligrosas que eran aquellas modas péfidas en tiempo de Revolución. ¿Quién podía tener la seguridad, en una de aquellas crisis, de tener en el momento preciso dispuesto al peluquero?... Tal como estaba, le hicieron bajar aquellos torpes, le mostraron y le pasearon. Para colmo de la mala suerte, iba vestido de color de violeta: este color es el luto de los reyes; entonces era el luto de la realeza. Aun en esto había algo, sin embargo, que podía conmovér, pero tuvieron la desgracia de convertir una escena trágica en otra sumamente ridícula. El viejo mariscal de Mailly se arrodilla á los pies de aquel rey despeinado, desenvaina su espada y en nombre de los gentiles hombres que le rodean, jura vencer ó morir por el nieto de Enrique IV. El efecto fué de lo más grotesco y excedió á cuanto inventó la caricatura de los volatineros de 1815. El rey gordo y pálido, paseando una mirada triste que no se fijaba en nadie, apareció, en medio de aquellos nobles, lo que era realmente: la sombra y el espectro del pasado.

Por un movimiento natural, todos aquellos guardias nacionales y

hombres de todas clases, pasando violentamente de aquel pasado á la realidad viviente, exclamaron: «¡Viva la nación!»

Decididamente la nación no quería degollarse á sí misma; aquella matanza impía era imposible. A las insinuaciones de los oficiales municipales habían contestado los guardias nacionales: «¿Podemos disparar contra nuestros hermanos?» El aspecto de aquel rey y de los nobles acabó de decidirlos. Aquello fué una deserción universal. Los artilleros no solamente querían marcharse, sino que querían llevarse los cañones. No pudiendo hacerlo expuestos al fuego que les amenazaba desde los balcones, inutilizaron las piezas, introduciendo en ellas á la fuerza una bala sin pólvora; para extraerla se hubiera necesitado una operación larga y difícil, imposible de realizar en el momento en que iba á empezar el combate.

El rey volvió sofocado, jadeante por el ejercicio que había hecho, entró en su habitación, se sentó y descansó. La reina lloraba sin pronunciar palabra; pero se repuso pronto y se presentó con el delfín, valerosa y con aire despreocupado, con los ojos secos, aunque enrojecidos. La multitud de los concurrentes se hallaba reunida en la sala de billar, muchos de pie sobre las banquetas para presenciar mejor lo que iba á suceder. Mr. d'Hervilly, con la espada desenvainada, dijo en alta voz: «Ugier, abrid las puertas á la nobleza de Francia.» El efecto del golpe de teatro que se creía que produciría aquellas palabras, fué muy mediano. Doscientas personas entraron en la sala, otras se alinearon en las habitaciones precedentes. Una parte no pequeña de aquella nobleza se componía de burgueses. Muchos de ellos estaban ridículamente armados y se burlaban unos de otros. Un paje y un escudero del rey, por ejemplo, llevaban sobre los hombros, á guisa de mosquete, un par de tenazas que se acababan de dividir. La mayor parte, sin embargo, tenía armas inocentes, puñales, pistolas y cuchillos de caza. Otros llevaban trabucos.

Se colocaron en orden de batalla en las habitaciones. Los que quedaban de la guardia nacional para defender el castillo, creyeron que se dirigía contra ellos la maniobra de aquella nobleza tan bruscamente llamada. El comandante de los guardias nacionales había ido á recibir órdenes y no se las habían dado. Se aprovechó aquel momento de ausencia para dividir su tropa, colocando veinte hombres en otro puesto. La guardia nacional, manifestamente suspicaz, no se obstinó ya en defender á los que no querían ser defendidos por ella; y acabó por desfilar salvo un número insignificante. Entre estos estaba Weber, el hermano de leche de la reina; trastornado de dolor y de inquietud por ella, volvió, entró en sus habitaciones, y la encontró llorando: «¿Pero Weber, qué hacéis? le dijo ella, no podéis continuar aquí... Sois el único de la guardia nacional.»

El abandono de las Tullerías era mucho más grande de lo que creía la reina. El castillo estaba ya solo y como una isla en medio de París.

Toda la ciudad se mostraba hostil ó en una neutralidad menos que simpática. La Revolución acababa de verificarse en el Hotel de Ville; se había vertido la primera sangre, la de Mandat, comandante de la guardia nacional.

Mandat, al llegar á la Greve, lo había encontrado todo cambiado. Una multitud inmensa llenaba el Hotel de Ville y toda la plaza. La guardia que había puesto en el arco de San Juan había sido alejada de allí. Avanzar era peligroso; retroceder imposible. Se abandonó á la fatalidad, subió y se encontró enfrente de la nueva Comuna, en presencia de la insurrección que había prometido sofocar. Cogido en el lazo que él les había tendido, interrogado en virtud de qué orden había reforzado la guardia del castillo, pretextó una orden del alcalde (orden ya antigua, sin relación con la jornada del 10); luego manifestó que no podía presentar más acta que una requisición dirigida por él al departamento. Por fin, no sabiendo ya qué decir, alegó que un comandante tenía el derecho de tomar precauciones *súbitas para un suceso imprevisto*. Se le recordó que había dicho en el castillo, hablando de Petión: «Su cabeza nos responde del menor movimiento». La de Mandat pendía de un cabello. Lo que decidió su suerte fué que arrojaron sobre la mesa la misma orden que él había dado al comandante del puesto del arco de San Juan para que hiciese fuego sobre las columnas del pueblo, *atacándole por detrás*. Un clamor universal se alzó contra él: le cogieron por el pescuezo y le llevaron á la prisión de la ciudad; pero alguien objetó que le matarían en el acto y trataron de llevarle á la Abadía.

Hasta entonces había, al parecer, vacilación entre los jefes, incertidumbre sobre las disposiciones reales del pueblo, temor y dudas. El somatén pareció al principio que no producía resultado, y por un momento tuvieron la idea de hacerlo cesar; acaso lo habrían hecho si se hubiese podido; pero hubiera sido muy difícil circular por todo París la contraorden, y las campanas habían sido ya echadas al vuelo. A eso de las seis, cuando se presentó Mandat en el Hotel de Ville y fué detenido, intentó la Comuna justificar aquel acto. Envió á la Asamblea nacional para que acusaran á Mandat, asegurando que era él el que había hecho tocar á somatén y que por esta causa le habían reprendido. Un accidente imprevisto desbarató estas intrigas políticas. Los exaltados no permitieron que Mandat llegase vivo á la Abadía. A la salida del Hotel de Ville le rompieron la cabeza de un pistoletazo.

Al perder así la Comuna su rehen más precioso no podía ya retroceder; se arrojó decididamente y sin escape en la insurrección, y dió orden de tocar generala. Eran las siete de la mañana, y ya, desde la Bastilla hasta la iglesia de San Pablo, en la parte espaciosa y ancha de la calle de San Antonio, había, como hemos dicho, 80 ó 100 divisiones, compuesta cada una de cien hombres, armados de fusiles, sobre ocho ó diez mil guardias nacionales. Su apresuramiento había sido extraordinario, contra lo que podía esperarse dada la lentitud de la víspera. La

masa, aumentada en la calle de San Antonio por cada una de sus laterales que había servido de afluentes á aquel río, pasó sin dificultad el fatal arco de San Juan, donde se había jactado Mandat que la destrozaría. Una hora permaneció en la Greve, sin poder obtener ninguna orden; los unos decían que la Comuna esperaba todavía algunas concesiones de la corte, los otros que el barrio San Marcelo se atrasaba, que se temía que no pudiera realizar á tiempo su unión en el Puente Nuevo.

A las ocho y media, un millar de hombres con picas perdieron la paciencia y tomaron su partido, rompiendo las filas de la guardia nacional y diciendo que se pasarían sin ella. Estaban muy mal armados; entre todos no tenían una docena de fusiles; muchos ni aun picas tenían, si no navajas, ó simplemente herramientas de sus oficios. Algunos federados, marseleses y otros que no lo eran, soldados aguerridos, no pudieron ver que aquellas gentes se marchasen solas, con tan pocas probabilidades de vencer; trataron de dirigirles y se arriesgaron á marchar á su cabeza á arrostrar el primer fuego.

La familia real acababa de dejar las Tullerías. El procurador síndico Roederer había unido su ruego al de los celosos servidores que á toda costa querían librar al rey del peligro. Por ambas partes se parlamentaba.

Un joven pálido y delgado, que entró como diputado de los asaltantes, había obtenido de Roederer autorización para que entrasen veinte diputados en el castillo. Mientras tanto, varios, sin más ceremonia, se habían subido á caballo sobre la muralla y hablaban familiarmente con los pocos guardias nacionales que aun quedaban en los patios.

Roederer creyó el peligro inminente. Entretuvo al joven parlamentario con el ofrecimiento de introducir á los diputados de la insurrección, corrió á escape al castillo, atravesó rápidamente por entre la multitud que llenaba los salones y dijo al rey. «Señor, Vuestra Majestad no tiene que perder un momento: no hay salvación para ella más que en la Asamblea nacional.»

Un administrador del departamento (proveedor de encajes de la reina, celoso constitucional) habló también en este sentido. «Callaos, Mr. Gerdret, le dijo la reina; el que ha hecho el daño no tiene el derecho de hablar... No os está permitido alzar aquí la voz.»—Luego, volviéndose hacia Roederer: «Pero tenemos fuerzas...—Señora, todo París marcha... Señor, no es un ruego lo que acabamos de dirigiros... no tenemos más que un partido que tomar... os pedimos el permiso para llevaros.» El rey levantó la cabeza, miró fijamente á Roederer, y luego dirigiéndose á la reina, dijo: «¡Marchemos!» y se levantó.

El rey, al dirigir esta palabra á la reina, resolvió una cuestión delicada, que en otro caso se hubiera suscitado. ¿Iría él solo á la Asamblea? ¿ó se presentaría á ella acompañado de una esposa tan impopular? Esta

era acaso en aquel momento la cuestión decisiva de la monarquía. Monsieur de Lally-Tollendal, en las supuestas memorias de Weber, confiesa lo que han disimulado todos los demás historiadores, á saber, que según el rumor público, el departamento y la municipalidad debían invitar al rey á que saliese solo de las Tullerías y se fuese solo á la Asamblea nacional. Este proyecto ofrecía á la monarquía alguna esperanza de salvación. Verdad es que la reina quedaba en peligro; acaso estaba menos expuesta á que la matasen que á que la cogiesen y la juzgasen (cosa que ella temía más), sujetándola á un proceso escandaloso que la habría sepultado deshonrada y degradada en el fondo de un convento.

Roederer, obligado á llevar á la reina con el rey, insistió para que al menos no les acompañase nadie de la corte. Pero la reina quiso que la siguiesen madama Lamballe y madama de Tourzel, institutrices de los niños. Las otras damas quedaron aterradas, inconsolables al ser abandonadas.

«Cuando estuvimos al pie de la escalera, dice Roederer, me dijo el rey: «¿Qué va á ser de las personas que han quedado allá arriba?—Señor, están con trajes de calle. Dejarán las espadas y os seguirán por el jardín.—Es verdad, dijo el rey... Pero no hay mucha gente en el Carrousel.—¡Ah! señor, doce piezas de artillería, un pueblo inmenso que llega...»

Este último recuerdo, esta vacilación, es todo lo que merecieron de Luis XVI sus defensores. Se dejó llevar y los abandonó á la muerte.

Un oficial suizo, d'Affry, ha declarado que la reina le había ordenado que obligase á los suizos á que hicieran fuego. Otro, el coronel Ptyffer, en su libro publicado en 1821, dice que el viejo mariscal de Noailles anunció que el rey le dejaba el mando y que no debían dejarse forzar.—La reina no dudaba de que la defensa sería victoriosa: al marchar dijo á las damas que dejaba: «Vamos á volver.»

Los que se quedaban se afectaron de diferentes modos con la marcha del rey. Un oficial suizo preguntó tristemente á Roederer: «¿Creeis salvar al rey llevándole á la Asamblea?» Algunos se desesperaron al verse abandonados de aquella suerte; otros se arrancaron las cruces de San Luis y rompieron sus espadas.

Varios, por el contrario, no teniendo ya que cuidarse del rey ni que proteger mujeres y niños, experimentaron como un acceso de alegría furiosa por el combate á muerte que iban á entablar. Sirvieron á los suizos aguardiente sin tasa, y sin cuidarse de defender la larga línea de murallas que existían entre el patio y el Carrousel, dieron órdenes al conserje para que levantase las barras de la puerta real. La multitud que golpeaba aquella puerta se precipitó por ella con ciega confianza, se lanzó á través del estrecho patio, sin fijarse en las ventanas de enfrente erizadas de fusiles, ni en las barracas laterales que cerraban el patio por derecha é izquierda, y les acechaban con ojos feroces.

Los que entraban eran los impacientes de que ya hemos hablado,

aquellos hombres armados con picas que habían tomado la delantera, y que en el camino habían ido aumentando hasta llegar á dos ó tres mil hombres. Llegaron sin detenerse, corriendo, hasta el vestíbulo. Allí, al fin, se pararon. El vestíbulo del palacio, mucho más grande que hoy, estaba verdaderamente imponente. La escalera grande por donde se subía majestuosamente á la capilla y á las habitaciones, tenía ocupados todos sus escalones por una línea de suizos. Inmóviles, silenciosos, desde el pie hasta lo último de la escalera, apuntaban á los asaltantes. ¿Cuáles eran las intenciones de aquellos suizos? Muy diversas, difícil de expresar. Muchos, sin duda, deseaban no hacer fuego. Un gran número de aquellos soldados eran del cantón de Friburgo, otros del Vaud, es decir franceses, franceses por el idioma y franceses por el carácter. Sin duda les parecía odioso é impío disparar sobre su verdadera patria la Francia.

Un momento antes de la irrupción habían ido algunos artilleros de la guardia nacional á buscar á aquellos pobres suizos, que con lágrimas en los ojos se habían arrojado en sus brazos. Dos de ellos no vacilaron en abandonar el castillo y siguieron á los artilleros. Estaban bajo un balcón desde donde les veían sus oficiales. Se oyeron dos disparos con tan certera puntería que cayeron los dos suizos, sin ser heridos los franceses.

Dura lección para los demás. La disciplina además, y el honor de la bandera, el juramento, les mantenían inmóviles. La turba de los asaltantes, al ver aquellos hombres de piedra, no tuvo miedo, antes bien se echó á reír. Empezó á dirigirles pullas; pero los suizos no se reían. Se hubiera podido dudar de que estuvieran realmente vivos. El pilluelo se envalentona pronto, y en cierto modo todo el pueblo parisiense se compone de pilluelos. Aquellos con doce fusiles viejos, unas picas y unas navajas, no estaban en disposición de combatir con aquel ejército de suizos armados hasta los dientes. Sabían que varios suizos habían intentado pasarse á la guardia nacional y trataron de aprovechar aquellas buenas disposiciones. Algunos que llevaban garfios en las puntas de los palos, idearon arrojar aquella especie de anzuelos y enganchar primero uno y luego otro cogiéndoles del uniforme y tirando de ellos con grandes carcajadas. La pesca de los suizos dió buen resultado. Cinco ó seis se dejaron coger sin hacer resistencia. Los oficiales empezaron á temer que llegasen á entenderse los atacados y los que atacaban, y dieron orden de hacer fuego.

Entonces pudo apreciarse toda la fuerza de la disciplina. Disparaban sin vacilar. El efecto de aquel fuego escalonado de arriba á abajo, convergiendo todo y casi á boca de jarro sobre una masa viviente, fué espantoso. Jamás hubo en un sitio tan estrecho una carnicería tan horrible. Todos los tiros hacían blanco. La masa vaciló y cayó á un tiempo. Ninguno de los que entraron en el vestíbulo salió vivo. Las referencias únicas que tenemos son las de los realistas que estaban en las

escaleras. Dos horas después uno de los asaltantes que atravesó el vestíbulo y vió aquella montaña de muertos, dijo que sofocaba aquel olor de carnicería y que no se podía respirar.

No hay para que decir que todos los que se hallaban en el patio echaron á correr con toda la celeridad que les permitieron sus piernas. No pudieron huir, sin embargo, tan á prisa, que se librasen de ser acribillados al paso por el fuego de las barracas de derecha é izquierda, que estaban llenas de soldados. Fué verdaderamente una caza á la espera; los cazadores tenían la caza en la boca de los fusiles y podían escoger. Tres ó cuatrocientos hombres perecieron en aquel fatal desfiladero sin que pudiesen disparar un tiro.

Dos salidas se hicieron á la vez de aquel palacio asesino, una por los suizos en el centro, bajo el pabellón del Reloj, otra por los nobles que, saliendo del pabellón de Flora, llevaron la persecución á lo lejos del muelle, hacia las callejuelas del Louvre y la calle de San Honorato. Los suizos, formados en batalla en el Carrousel, haciendo fuego en todas direcciones fusilaron la retaguardia de los que huían y sembraron toda la plaza de cadáveres.

El castillo se creyó vencedor, imaginando que había aplastado la insurrección; pero no era más que á la vanguardia. En medio del fuego, mientras que los suizos disparaban todavía sobre la multitud amontonada en las embocaduras de las estrechas calles, Mr. d'Hervilly se dirige á ellos, sin sombrero, sin armas y les dice: «No es eso, hay que ir á la Asamblea, con el rey.» El viejo Viomenil gritaba: «Adelante, valientes suizos, adelante; salvad al rey; vuestros antepasados le salvaron más de una vez.»

Entonces creyó Roederer (y varios de los actores del 10 de Agosto lo creen hoy todavía) que aquel momento había sido previsto, y que con esta esperanza había deseado la corte el combate. Vencida la insurrección, ó al menos descorazonada por el rigor del primer golpe, se replegaría la guarnición sobre la Asamblea nacional; se proclamaba su disolución, y el rey, rodeado de sus tropas, salía de París, huía á Rouen, donde era esperado y se encontraba otra vez rey.

Yo creo que la reina, si no se hubiera creído segura del resultado, jamás habría abandonado en las Tullerías á tantos fieles servidores. Esperaba en la Asamblea, pálida y palpitante, el éxito de aquel terrible golpe á lo Jarnac dado á la Revolución. Por un momento, la misma Asamblea creyó llegada su última hora, esperando ser acuchillada, ó por lo menos prisionera del rey que había acogido en su seno.

Y sin embargo, lejos de haber vencido la contrarrevolución, era la revolución la que avanzaba.

La unión de San Antonio y San Marcelo se había verificado en el Puente Nuevo. Desde el pabellón de Flora podía verse allí en el muelle del Louvre al ejército vengador del pueblo, el bosque de sus bayonetas reflejando las luces de la mañana.